

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Sale todos los Domingos.

EL TIGRE MARINO.

El sistema de las exhibiciones ha llegado á un alto punto de perfeccion, y es muy probable que de día en día aumente la solemnidad con que se ejecutan, especialmente si los directores de ellas no son gentes de por acá, menos avezadas que las de afuera á calcular el valor de la parte visual y oropelesca, por mas que el originalísimo folletinista de *La Presse* (de quien nos ocupamos en sazón oportuna) llame á esta nuestra provincia tierra clásica de la exageracion y del puff. En efecto, vino hace pocos años á esta ciudad, a fuer de fenómeno raro, una niña que tenía dos dedos no menores que mortales de Bolonia, de esas que se veneran en la vidriera de la tienda italiana, y á pesar de merecerlo muy bien el volumen, ello fué que nadie concurría á depositar en la puerta la escasa suma de ocho maravedis vellon. ¿Y porqué tanto desdén con la pobre chiqueta, cuando casi al propio tiempo las gentes se empujaban á la puerta de la colosal madama Camila y de su antítesis la viuda del japon? Porque aquella hacia la exhibicion de su mano en una mezquina accesoría, poco antes puesto de frutas, sobre cuyas paredes ahumadas aun por el pretérito candil, se descubrían las inequívocas huellas de las moscas de aquel verano, y cuyo único ajuar consistía en algunos bancos cojos de pino ennegrecidos por la vejez y la incuria. En tanto al otro extremo de la plaza de San Antonio ondeaba de azotea en azotea una bandera colosal, á guisa de las que no ha mucho anunciaban las misas nuevas, y allí estaba pintada madama Camila, á cuyos pies, y no mas alto que á las rodillas, se veía la gorra de un

tambor mayor, pigmeo de aquel coloso, pulga de aquel diomedario, y diminutiva figura de barro de Málaga al lado de aquella estatua de Nabuco donosor. Y sin embargo, esto no se pintó por cierto en esta tierra de la exageracion y del puff, como dice el ilustrado francés M. C. L. ndrin, que nos conoce como si nos hubiera parido.

Otro tanto pudieramos decir de la Foca, ó sea *Tigre marino*, que hoy con abundantísima concurrencia se enseña en una accesoría exornada *ad hoc*, y que existe en la calle de San José. Mas antes de describir lo que allí hay y lo que allí se ve, permítasenos por un instante continuar la comparacion de tiempos con tiempos y de países con países.

Un animalucho del mismo género se enseñaba no ha muchos años y por pocos cuartos en el patio del ex-convento de San Agustín. Este lobo marino es cierto que estaba muy poco civilizado, y por lo mismo maldita la habilidad que tenía. Clavaba sus ojos en las escasísimas personas que veía entrar por sus puertas, festejándolas, cuando mas, con algun aletazo en el socio elemento donde se arrastraba, de manera que solía uno salir de allí hecho una sopa y sacudiéndose como perro de aguas que sale del baño. La parte de adorno local estaba en perfecta armonía con lo brusco y desapacible del animal que le ocupaba: ni una mala cortina, ni una raída estera, ni una desvencijada silla se encontraban en aquel desuado patio, sin que podamos resolver si es que aquel lobo acostumbraba á vivir á la espartana, ó si semejante al rico-hombre de Alcalá no daba por mero orgullo ni aun al mismo rey asiento en su propia casa.

¿Que diferencia de esta otra Foca de hoy? Durante el día un lienzo pintado, y un bri-

llante transparente, durante la noche indican al mas miope que alli es donde se enseña este malisimamente llamado pez, cuya abreviada historia, con las horas de exhibicion y precio de entradas, se lee en dos cartelones en folio mayor colocados á entrambos lados de la puerta, de cuyo dintel penden encarnadas cortinas. La decoracion interior no es menos digna del grave animalito, que muellemente recostado á la turca sobre el agua de su tina, mira con aire curioso, aunque no sañudo, á las muchas personas que por lo comun rodean su húmedo lecho, como si quisiese dar á entender cuanto seria de su agrado el que alguno de tantos tragese en el bolsillo por via de regalo alguna cola de pescadilla. Decimos esto por haber observado que uno de los hombres que le vigilan tiene la precaucion de advertir continuamente no se pongan las manos sobre el borde de la tina; lo que prueba que el animalito no hila muy delgada en esto de engullir, y que es muy capaz de equivocarse á cierta distancia un dedo con un langostino, salvo el rectificar su error demasiado tarde para el propietario del miembro comido.

No bien hay reunidas algunas personas, cuando una jovencita bastante linda se sube en una tarimilla, y despues de repetirnos en lengua franca lo mismo, *mutatis mutandis*, que dicen los dos letreros de la puerta, manda á la Foca que dé vueltas, cosa que ella ya ha empezado á hacer con singular agitacion, sin duda porque una voz interior le dice que ha llegado el momento de recibir en pago de sus habilidades algun trozo de anguila ó de pintaraja. Alarga en seguida la aleta á la jóven, y termina poniendo el bigotudo hocico en su mano á modo de quien da un beso. Otro jóven, al parecer de la familia, hace una segunda edicion de aquellas vueltas y revueltas, con la sola diferencia de que el beso es en la frente: ensénale en seguida un trozo de pescado y pregúntale si lo quiere, á cuya pregunta responde con dos ó tres alaridos, que en la lengua de las Focas querrán sin duda decir que sí, y una vez alcanzada la presa mete la cabeza en el agua para comérsela, ora sea de pura cortedad, ora por temor de que alguno de los mirones tenga la estravagancia de disputársela. Concluido de tomar este bocado todo vuelve á su ser anterior por algun rato, es decir, hasta el momento en que se reuna de nuevo suficiente cantidad de personas.

Como no nos hemos propuesto aqui el escribir un artículo de historia natural acerca de la Foca, artículo que pudiera muy bien reducirse á copiar á Buffon ú á otro naturalista, resulta que omitiremos la parte descriptiva, así como las fábulas á que este anfibia dió ocasion en los antiguos tiempos: no obstante, cuantos autores de él tratan afirman que es muy susceptible de educacion, y por lo mismo ya se sabe á lo que nos hemos de atener cuando pomposamente y con aire de *puff* nos dice el anuncio lo que sigue:

«Pero un acontecimiento que oscurece lo hecho hasta aqui por M. Martin y sus rivales, es el de M. Menay que ha conseguido que le comprenda y obedezca un animal acuático de la naturaleza de los pescados.»

Poco mas abajo dice que el animal *contestó á las preguntas que le hace la señorita Menay*. Esto si que es hacer demasiado honor á los dos ó tres ahullidos de la Foca.

F. F. A.

TEATRO PRINCIPAL.

Parece ya seguro, salva alguna imprevista circunstancia, que dentro de pocos dias tendremos en Cádiz á la compañía dramática que hoy trabaja en el teatro de San Fernando de Sevilla.

Damos esta como una noticia excelente para los numerosos aficionados que aqui cuenta tan bellissimo arte, y quienes tendrán muy pronto el gusto de oír entre nosotros al distinguido actor Valero, siempre mucho y muy justamente aplaudido en nuestros teatros. Bajo su direccion no hay que decir cuanto puede esperarse de una compañía escogida y numerosa, en la que se cuentan nombres tan aventajados como los de Calvo, Lugar, Fernandez, la jóven Llorens, Cejudo, la Rita Revilla y otros aqui no conocidos; pero de los que tenemos excelentes noticias.

Falta saber si la compañía permanecerá en Cádiz mucho ó poco tiempo. Custion es esa que en nuestro entender solo al público toca decidirla. Si responde, si acude al teatro, si su aficion propia y el mérito de los artistas se sobreponen al calor de la estacion, entónces, no habrá que dudarlo, la permanencia de la compañía se

prolongará hasta bien entrado el otoño. De otra manera no podrá quedarse mucho tiempo. Tal por lo menos nos parece á nosotros.

F. F. A.

FRAGMENTO.

Brilló la plácida aurora:
Su tenue luz difundía
Por el campo la alegría,
Donde reinaba la paz;
Mas dieron áuras y fuentes
Melancólicos gemidos,
Con los gritos confundidos
Que lanza la guerra audaz.

Del campo la verde gila,
De la luz los resplandores,
Que en cambiantes colores
El horizonte bañó,
Da nuevo impulso á la vida;
Cuando en el llano aprestada
De jente de guerra armada,
El estruendo resonó.

Cual ondas flotan las plumas,
Y las armas acera das;
Como doradas espumas,
Los petos, lanzas y espadas,
Y como rayo de lumbré
Cruza su corcel brioso,
El caudillo valeroso
Decidido á pelear.

Marcha en columna cerrada.
Por su frente el campamento
Y al pié de alto monumento.
Alto hicieron al llegar;
Allí el caudillo en el aire
Alzó la cruz de su espada,
Y al empezar la jornada
Su juramento ofreció.

Con vosotros compañeros,
Juro pues en alianza,
Arrancar á la esperanza
De su dosel el boron;
Con vosotros, en combate;
Me verán el sol y luna,
La victoria y la fortuna.
Guiarán nuestro pendon.

Mas jurad que de esa tumba
La alta sombra vengareis,
Cuando al grito del combate
Con mi ejemplo os animeis:
Y crujieron las espadas
Que en el aire se cruzaron;

Y al desplegar la batalla
Repitieron..... ¡Lo juramos!!

¡Llegó el instante!
Ya nuestra frente
El sol de oriente
Va á iluminar,
Y el numen sacro
De la victoria,
Ya nuestra gloria
Va á coronar.

(Remitido.)

Francisco Casal.

UN AFICIONADO A CUADROS.

(CONCLUSION.)

—Doce ducados! repitió Mr. de Vivonne ¿Comprendéis vos que se pueda vivir con un ajuar tan mesquino que no valga doce ducados en venta?

—Apenas tendrá necesidades que cubrir, observó filosóficamente el lord.

—Es bien dichoso en verdad. Por mi parte gasto anualmente 300,000 libras, y de todo carezco. He hecho desmontar mis hosques, he cedido el usufruto de varios censos, he aumentado á mis arrendatarios el precio, y jamás tengo en mi poder 200 luises.

—Cierto. ¿Quién puede vivir hoy día, amigo mío? Aquí donde me veis, me he visto en la precision de contraer sobre mis rentas un empréstito de 6,000 guineas.

—La riqueza no se basta á sí misma milord, tiene que especular como todo; ¡oh, eso es degradante. Si yo fuese mas rico daría á esa infeliz sus doce ducados; pero el juego me ha arruinado.

—Como á mí mis colecciones, ¿Podéis creer que en este momento ofrezco á un belitre de Rotterdam 50,000 escudos por los siete sacramentos de Poussin, y que no me los quiere dar? Me obligará á estenderme hasta los 80,000 y quién sabe si á mas.

Recogia con suma avidéz el judío las palabras del inglés, bien resuelto á hacerle pagar su afición á los cuadros; pero á pocos pasos de él prestaba mayor atención á otro sugeto á la conversacion de los extranjeros. Era este un hombre de mediana edad vestido de negro, y que nada notable ofrecia, excepto la vivaz de sus maliciosas miradas. Al oír la queja de los descañados acerca de la pobreza de los nobles, una desdichosa sonrisa asomó á su rostro, y no pudo ménos de echarles una mirada irónicamente amarga, que ellos no llegaron á advertir. En aquel instante el del baratillo ponía en venta un cuadro ahumado.

¿También hay cuadros? observó lord Pembroke riéndose.

—Alguna muestra de tendero que le habrá quedado por cobrar al pobre emborriona-lientos, contestó Mr. de Vivonne.

—Por seis paoli gritó el vendedor.

—No hallará quien se los dé, repuso Israel.

Signióse un instante de silencio.

—Yo doy tres ducados por él, dijo de pronto el hombre vestido de negro.

Un sordo murmullo circuló entre la multitud.

—¿Tres ducados! replicó con asombro el judío.

—¿Quién es ese hombre? preguntó el lord.

—Maese Stella, monseñor.

—¿El pintor?

—El mismo, y uno de nuestros conocedores mas inteligentes.

—Si tendrá algún mérito ese lienzo?

—¿Qué sabemos? un Carraccio acaso, un Ticiano...

—¿En poder de ese mal pintor?

—¿Por qué no? ¿No se ha hallado últimamente un Corregio que se ría de todo á un botonero?

—¿Por tres ducados! repitió el pregonero: no hay quien paje?

—Yo doy cuatro, contestó el judío.

—Yo ocho, repuso Stella.

—¿Diez!

—¿Doce!

Hubo un momento de pausa; en el interin pidió el rael el cuadro para examinarlo de cerca.

Hasta entonces milor Pembroke habíase limitado á ser mero espectador sin proferir una palabra. Dió por fin algunos pasos adelante, y con ese acento de superioridad frío y decisivo, indicio seguro de la opulencia

—Cincuenta ducados, dijo secamente.

Al oírle se volvió el pintor hacia él.

—Caballero, observó, no vale tanto ese cuadro.

El inglés le miró de reojo sonriéndose con aire altanero.

—Gracias por el aviso, amigo, le contestó destemidamente; nadie llega á poseer una colección cuyo valor excede de 100,000 libras esterlinas, sin entender algo de pintura. Sin duda Maese Stella, algún poderoso motivo os impulsaba á pujar ese cuadro.

—En efecto, milor.

—Pues también yo le tengo.

Y encarándose con el revendedor.

—Cien ducados, dijo el inglés, y acabemos.

La muchedumbre de curiosos estaba asombrada, con los ojos clavados en lord Pembroke; mientras que la pobre viuda fuera de sí de gozo, no acertaba á dar crédito á lo que veía, temerosa de que solo fuera un sueño: Maese Caverdon en tanto limpiaba sus gafas con el pañuelo y se reía.

El pregonero, después de preguntar por tres veces si mejoraba alguno la última postura, declaró que el cuadro que habia por lord Pembroke.

Maese Stella lo habia observado todo atentamente, y sin hablar palabra dejó que pagara el inglés los 100 ducados.

—No esperábais tal competidor, maestro, ¿no es cierto? le preguntó este con cierto airecillo burlón.

—Perdonad, milord; yo no deseaba otra cosa.

—¿Pues como!

—Una casualidad me hizo oír vuestra conversacion con este caballero, y por lo mismo supe que vos, demasiado pobre para dar á la viuda de Pelegrino los

doce ducados, érais bastante rico para dar por un cuadro de Poussin 80,000 libras. Con tales datos quise valermé de vuestra afición para precisaros á socorrer á una infeliz, y lo he conseguido en efecto, pues logré que bajo la apariencia de una compra excelente ejecutéis una buena accion. ¡Bien persuadido estaba yo al prometer los tres ducados de que vos ofreceríais mas...

—Segun eso, este cuadro...

—No vale siquiera los seis paoli que pidieron por él al ponerse en venta milord.

Mr. de Vionne prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—¡Imposible! exclamó el inglés; si así fuese, maese Stella me daría una satisfacción...

—¿Por los cien ducados? Con mucho gusto. En ese caso de que milord no hubiese mejorado mi oferta, yo habra comprado ese cuadro, no en concepto de obra maestra, sino por poseer un buen recuerdo mas en mi corona. Si milord siente que se le haya sorprendido la limosna, si le es absolutamente imposible disponer de cien ducados en favor de una desgraciada, puede cederme la satisfacción de este beneficio.

—Poco á poco, interrumpió Mr. Vivonne, si él lo renuncia yo lo acepto. Esta ha sido una leccion, ¿no es verdad, Maese Stella? ¿Nos habeis querido probar que nosotros los altos personajes somos caprichosos por el arte sin comprenderle á fondo, y que pródigos para satisfacer nuestras manías somos avaros para cumplir nuestros deberes!

—Ah señor, contestó Stella, no sois vosotros solos en obrar así, sino todo el mundo. Por lo general nuestras inclinaciones se convierten en vicios. No apreciamos las obras maestras para que los demás gocen de ellas, sino para sustraerlas, para aglomerarlas en secreto, como el avaro con sus tesoros. Nuestro amor al arte, léjos de ser cual debiera, un reflejo del amor á la humanidad, es una locura que fomentamos nosotros mismos. Pintores ó aficionados preferimos casi siempre un lienzo ahumado á una cara radiante de felicidad. Los hijos de Adán antes que todos son egistas y este egoismo les hace crueles.

—Predicáis admirablemente, Maese, dijo M. de Vivonne con cierta ligereza; gracias por la homilia, y para probar que surte su efecto, tomad esto para vuestra protejida.

Y alargó al pintor un bolsillo que aceptó aquel en nombre de la viuda.

—Y yo guardaré mi cuadro, añadió con seriedad lord Pembroke.

—Haced otra cosa mejor, milord, dijo Stella: colocadle en vuestro museo: cada vez que paséis por delante de él os traerá á la memoria el recuerdo de una familia á quien arrancásteis de la miseria, y ese recuerdo vale mas que el mejor cuadro de Rafael.

